

INTRODUCCIÓN

El Libertador, de cara al tercer milenio, permanece vigente. No es éste un delirio historicista. Tampoco un atavismo inevitable. No somos arrastrados por algún morbo paternalista cuando formulamos esta afirmación. Son los tiempos, los acontecimientos, las realidades presentes, las que hacen inevitable voltear hacia él como hacia el Apóstol José Martí, buscando en su inagotable capacidad visionaria, explicaciones y caminos.

Es obvio que el contexto mundial, continental y aun latinoamericano y caribeño, no es hoy el de las tres primeras décadas del siglo XIX, tiempo de guerras de independencia. Baste decir que ahora la idea democrática, no cuando alude a modelos políticos contemporáneos escudados tras ella, en todo caso discutibles, sino en su sentido raigal profundamente libertario, pese a altibajos que todavía perdurarán, ha logrado carta de ciudadanía en la mente de la mayoría de los hombres del planeta, y que, simultáneamente, el sentimiento de paz, también vapuleado dramáticamente en los últimos años, ha conseguido instalarse entre incontables masas humanas que razonablemente la asumen como un requisito indispensable para intentar la odisea del crecimiento económico y desarrollo, componentes discutidos pero innegables todo proyecto de bienestar social y político en cualquier zona de la tierra.

No es obra de la casualidad, valga este ejemplo, que Nelson Mandela, después de una transición difícil pero exitosa, una vez derrotada la política de *apartheid*, sea el presidente de Sudáfrica. No hablamos de un milagro cuando destacamos que en el mundo han aflorado con toda fuerza las realidades regionales, avasalladas durante años pero nunca vencidas, hijas como son en la mayoría de los casos de especificidades culturales, imposibles de extirpar quirúrgicamente del alma de algunos pueblos. No aludimos a un fenómeno inexplicable si subrayamos que el mundo está presenciando una verdadera primavera en el avance de la lucha por los derechos humanos, de la defensa ambiental y preservación del planeta y de lenta pero firme emergencia de la sociedad civil, de reafirmación cultural de las comunidades,

incluidas las castigadas y disminuidas poblaciones indígenas de América Latina. No es, en síntesis, un dato paradójico, el que estemos en presencia de un nuevo cuadro internacional, con un reacomodo de los actores y frente al descomunal reto de conseguir un nuevo balance mundial, no sustentado ya en el "equilibrio del terror" propio de la bipolaridad, sino en esta especie de caos generalizado, al cual tal vez sea una temeridad referirse, al menos en el futuro inmediato, como hasta ahora, con la denominación de Nuevo Orden Internacional.

No es posible traer simplistamente, vale decir descontextualizado a Simón Bolívar, a este escenario abigarrado, proceloso, de cambios profundos y vertiginosos, sin correr algunos riesgos. No es este marco, como ya dijimos, el de guerras de independencia contra la dominación española, ahora el recurso a la violencia como vía para dirimir la lucha por el poder político, está rodeado de interrogante si no precisamente desestimables; el derecho a la vida, incluidas la flora y la fauna y esa residencia de la humanidad entera que es el planeta, dejó de ser una bandera panfletaria o agitacionista para convertirse en un sentimiento universal. Pero sí es posible, como pretendemos en este breve ensayo, retomar en forma orientadora algunas formulaciones fundamentales, perennes debemos llamarlas, como en el caso de Bolívar y de otros padres fundadores de nuestras patrias y, soportados en su fuerza ética y política, ingresar al agitado debate que nos convoca hoy.

América Latina vive en este momento una oportunidad única. La aseveración puede lucir desorbitada para algunos. Sin embargo, no lo es. Vivimos tiempos de globalización y de unipolaridad, se afirma recurrentemente en todos los escenarios. No obstante, no faltan los que afirman que "la globalización no es tan global, ni la unipolaridad es tan unipolar". Y no les falta razón. No vive el mundo actualmente, para no ir muy lejos, la situación que se le presentó después de las dos grandes guerras mundiales de este siglo. Tanto la primera como la segunda guerras mundiales dejaron muy pocos resquicios a América Latina, de suyo débil, para participar en el juego poder planetario, hablando un solo lenguaje, haciéndose escuchar e influyendo de alguna manera en el desarrollo de los acontecimientos de postguerra.

Ahora tenemos la impresión, estamos en presencia de una situación relativamente distinta. Permítaseme por ahora presentar sólo dos elementos. Por una parte, los poderes mundiales (nos referimos a las grandes fuerzas financieras),

no tienen una presencia monolítica, es más, en algunos sentidos muestran contradicciones y pugnacidades no desdeñables (señaladamente Japón a la cabeza de los llamados "dragones asiáticos"; la Comunidad Europea y Estados Unidos), propias del capital en la situación de contracción que afecta hoy a la economía internacional. En este marco, la hegemonía de Estados Unidos en el plano mundial es, por decido de alguna forma, una labor trabajosa, rodeada de dificultades, que obliga a la potencia norteamericana a un gran esfuerzo de presión política y militar para imponer su liderazgo y sus proyectos en el plano mundial. Valga señalar que la reciente fusión de los bancos estadounidenses Chase Manhattan y Chemical, así como la similar de los japoneses Tokyo y Mitsubishi, se parecen bastante a la situación de dos ejércitos financieros que se preparan para una confrontación previsiblemente encarnizada. Y no se quedan allí las señales reveladoras.

América Latina, por otro lado, agobiada por la deuda, agredida abiertamente por el narcotráfico y sacudida por una grave crisis social y política tiene, sin embargo, a su favor, en esta coyuntura, la existencia de un *status* político predominantemente democrático (los Stroessners, Trujillos y Somozas, son figuras del pasado); la minimización de la actividad guerrillera urbana y rural y lo que es más significativo: su creciente tendencia al acuerdo, a los pactos económicos y a formas de integración y complementación económica y comercial, inimaginables en otros tiempos, que ofrecen una perspectiva sin precedentes de actuar efectivamente en bloque en foros multilaterales, así como en la acción política y diplomática directa frente a los poderes mundiales. La hace poco fundada Asociación de Estados Caribeños (AEC) es el caso más reciente. Pero el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), el Acuerdo de Cartagena (más conocido como Pacto Andino), el Mercosur, OLADE, CARICOM, el Grupo de los Tres (G-3), la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), así como la incorporación de varios países hispanoamericanos a la Asociación de Estados de la Cuenca del Pacífico y la proposición hecha en la Cumbre de Cochabamba (Bolivia) para crear la Comunidad Latinoamericana de Naciones, son proyectos, algunos especialmente prometedores, que sugieren una posibilidad real de nuevos caminos para "la patria grande" latinoamericana.

Hoy no se trata de una Confederación Hispanoamericana, tampoco de crear una fuerza militar conjunta para

liberar de España a Cuba y Puerto Rico, menos de alumbrar una fuerza orientada a defenderse militarmente, ni enderezada contra nadie. No. Hoy se trata más bien de, permítaseme que lo coloque por delante, porque me parece de la máxima urgencia y en cierto modo lo más fácil, afirmar nuestros valores culturales, que nos acercan tanto que acentúan nuestra identidad latinoamericana y que elevan el sentido de la pertenencia nacional de nuestros pueblos; esto, de la mano de la formidable revolución universal que viven las comunicaciones, cuya expresión ya familiar es Internet.

Acordarse también para enfrentar la corrupción, en primer lugar el tráfico de drogas y más puntualmente el lavado de dinero sucio, un flagelo abiertamente transnacional. Consolidar acuerdos económicos y comerciales, incluidos los convenios arancelarios entre los bloques subregionales ya existentes. Uniformar y dotar de eficacia la voz de América Latina y el Caribe en las instancia internacionales, principalmente en la Organización de Naciones Unidas (ONU), en la Organización de Estados Americanos (OEA) y en la Organización Mundial de Comercio(OMC). En este sentido, sería altamente positivo arribar a una posición única ya un lenguaje común entorno de la impagable deuda externa y, por qué no, a una conducta consensuada en relación con el Tratado de Libre Comercio (TLC) o Nafta, acuerdo en que México participa con Estados Unidos y Canadá. Quizá, otra sería la suerte de América Latina si logra arribar a una posición acordada en relación con este último tratado. En fin, es hora de abrir caminos y una firme voluntad política de América Latina y el Caribe puede ayudar mucho a hacer valer soluciones pluralmente beneficiosas.

En esta larga Introducción, unas últimas palabras para el Libertador Simón Bolívar.

Pocos hombres como Bolívar. Personalidad brillante e innovadora, introductor de nuevas formas políticas, y hombre de oficio: aunque en su infancia y adolescencia no vivió la miseria, la combatió frontalmente en su adultez como gobernante.

Su vida y su obra no son fáciles de separar, pues siempre fueron una vivencia total: volcó en ellas toda su riqueza interior, todo cuanto consciente o inconscientemente había asimilado a lo largo de su experiencia vital. Es así que en su obra trasciende el Simón niño, el joven y el adulto laten todas las experiencias emocionales de relación con la naturaleza, con los hombres, la sociedad, la política, la moral, la miseria, la libertad, la justicia, la independencia absoluta de los

pueblos que libertó y, no sobra decirlo, la comunicación consigo mismo y con su propia soledad.

Al detenernos en su obra, encontramos una clara sensibilidad, no obstante que en su vida política y militar, como era lógico, debió tomar decisiones drásticas. Su pensamiento se nutrió de pensadores y disciplinas diversas y abarcó numerosos aspectos. Entre éstos, intentaremos destacar los relacionados con la corrupción en el manejo de los dineros públicos, la conservación de los recursos naturales y ambientales y el Bolívar empeñado en lograr la independencia, con el fin de propiciar una honda transformación política, económica, social y cultural de los pueblos latinoamericanos, en la materialización de un ideal unificador y de preservación, frente a la entonces intuída potencia norteamericana y, por supuesto, los otros poderes mundiales, en esa época consolidados en la Santa Alianza.

Este sueño integracionista bolivariano es, con sobrada razón, uno de los componentes más luminosos de su pensamiento.

Sus ideas serán analizadas en este trabajo con base en la numerosa y transparente correspondencia, sus proclamas, discursos, decretos y documentos políticos, todo lo cual nos posibilita una visión objetiva sobre tres aspectos de la vida del Libertador, en que exhibe valentía, actúa de acuerdo con sus ideales y propone acciones inmediatas con el fin de forjar el porvenir de nuestras naciones. Bolívar planteó la necesidad de administrar con probidad la nación, independiente, evitando vicios que en lugar de acabarse se han agudizado. El Libertador también lanzó decretos conservacionistas, se propuso unir a Hispanoamérica y estuvo atento a los pasos primigenios de la potencia agresiva que terminó siendo Estados Unidos en el presente siglo.

Queremos resaltar, sin patrioterismos, que Bolívar es un paradigma actual. Su pensamiento y acción, especialmente en algunos planos, nos muestran un hombre con una visión entonces nueva del mundo y de vigencia perdurable. El Libertador vislumbró el futuro de los pueblos americanos, al expresar que América unida sería la reina de todas las naciones.

Su pensamiento libertario cobra hoy más vigencia que nunca, cuando reflexionamos sobre los pueblos americanos que aún luchan por su independencia; cuando se ha pretendido distorsionar la verdad histórica señalándolo como padre del panamericanismo, papel que tal vez debemos atribuir a James Blaine; cuando

percibimos las ambiciones de las potencias, particularmente Estados Unidos, o calibramos los manejos leoninos de la deuda externa y las dolorosas imposiciones fondo monetaristas; cuando elementos transnacionales depredan los bosques de la Amazonia y el Orinoco; cuando tropezamos con las manipulaciones estadounidenses en torno del narcotráfico, de la corrupción moral y material de ciertos gobernantes, jueces y no pocos funcionarios, nos encontramos también con el Libertador.

Así, sus oportunas palabras se hacen realidad al expresar que al fortalecer la justicia se fortalecerá la libertad, o al señalar que sin moral republicana no puede haber gobierno libre porque un pueblo pervertido, si alcanza la libertad, muy pronto vuelve a perderla.

La política de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial reafirmó su naturaleza hegemónica esencial. La contraproducente línea contra Cuba, la intervención en Santo Domingo en 1965, la ocupación de Grenada, el brutal acoso de Nicaragua y el asalto a Panamá después, son muestras descarnadas de lo que ha sido en las últimas décadas la conducta de Estados Unidos frente a América Latina. Y el dedo acusador de Simón Bolívar se ha alzado contra el Imperio en cada oportunidad en que la lacerada dignidad de nuestros pueblos se ha rebelado contra la injerencia, el intervencionismo y la vocación dominadora de la potencia norteamericana.

Su rol anunciador del futuro convierte al jefe de la Revolución Independentista en el promotor de una gran alianza para defender la libertad latinoamericana. Ésta es una de las razones por las cuales Bolívar se mantiene vivo.

Falta saber, si en la actual situación mundial, Estados Unidos, está dispuesto a hacer alguna contribución seria a la redefinición de sus relaciones con América Latina y el Caribe, una región que no sólo no lo ha agredido jamás, sino que, por el contrario, bastante ha ayudado a que la potencia norteamericana haya sido hasta el presente un importante factor mundial.

Sobre la bibliografía usada en este trabajo, tan copiosamente abundante en el caso de Simón Bolívar, fue básicamente la más reconocida, revisada por el autor en Colombia, Cuba, México y Venezuela, editada en las últimas décadas.